

EL MUNDO DE LOS LIBROS

(Viene de la página anterior)

Uno de los más emotivos momentos del libro, acaso sea esa visión pura, elemental, infantil, que nos da en el poema "Recordaré primero" de la patria viva y cercana, de la patria diaria: la tierra materna, con el gozo inédito de sus paisajes, la hermosura de sus campos, la armonía de sus horizontes preñados de desconocidas y dilatadas tierras. Y la ternura de las primeras flores en el valle familiar, y el frescor jubiloso del agua de sus arroyos. El lenguaje, preciso y sugestivo, nos trae eficazmente estas sensaciones, igual que logra poner en pie de poesía los viejos pueblos de la Meseta.

Más adelante, en sucesivos poemas, Nora da a su verso tono acusatorio contra el egoísmo, contra el "envejecimiento del futuro", y en la tercera parte del libro, deja clara su línea poética, la que él quiere seguir, la que propugna, en poemas como los titulados "Poeta ignorante" y "Poesía contemporánea". Una poesía "como una luz y un desnudo brazo que señale las cosas".

Eugenio de Nora posee una expresión poética muy precisa, que emplea el verso medido y libre, la consonancia o el asonante, siempre con aciertos. Su poesía es una poesía testimonial, directa, eficaz, y su temática y su visión de los problemas humanos pertenecen enteramente al hombre de nuestro tiempo.

Con este libro obtuvo Nora el premio Boscan de 1953.

L. DE IUIS

EL "CASO" CONCHA ESPINA

(Viene de la primera página.)

ejemplo, el insuperable cuento que se llamó primero «El rabión»—con un montañesismo poco inteligible para el resto de los hispanoparlantes—y luego «La riada». Son «trozos de vida»—así los tituló la autora en su primer volumen de prosas, aparecido en la Biblioteca Patria—recogidos del campo montañés y sin el menor parecido con las «escenas montañesas» de Pereda. Me apresuro a negar ese parentesco que el paisanaje y la facilidad de juicio han hecho atribuir más de una vez a Concha Espina con Pereda. Pocos autores tan diferentes, en lo interno y en lo externo. Pereda traslada directamente las realidades de la tierra y la vida montañesas con un verdadero «costumbrismo» inmediato, con una cruda luz y una rotundidad de contornos poco en armonía con las tintas norteñas. Concha Espina no sólo no les quita su niebla, sino que las vela, al mismo tiempo que las filtra, en esa otra niebla—niebla luminosa, pero niebla al fin—de la visión poética, en todo caso de uno de los modos de ver y traducir de la poesía. Con la ternura, además, inevitable de unos ojos de mujer.

En estos primitivos cuentos y viñetas comienza a cuajarse la prosa particularísima de Concha Espina, liviana y rápida en su textura sintáctica, con algunos regionalismos—sin que se parezca tampoco en absoluto a la prosa de Pereda—y no pocas palabras desusadas o arcaicas que ella resucitó simplemente porque le gustaba su sonido. Pues, como ha señalado Gerardo Diego, que tanto sabe de esto, en la prosa de Concha Espina predominan el sentido y la preocupación musicales. Yo—que en sus años privados de luz, la ayudé a corregir muchas pruebas de sus propios escritos y le leí muchos ajenos—soy testigo directo de cómo las palabras bonitas la fascinaban como piedras preciosas y sé hasta qué punto la horrorizaban, sin conocer sus repitiendos nombres, el hiato y la cacofonía: por evitarlos, sacrificaba a veces calidades que, en la disyuntiva, eran para mí más importantes, como la precisión penetrativa del vocablo.

Y no cabe seguir enumerando en este breve espacio otras características de la obra de Concha Espina. Sólo insistir en la rara significación que tiene y tendrá siempre en la historia de la literatura española este caso de predestinación que comenzó a manifestarse hace sesenta años, cuando el escribir no era, como es hoy en día alarmante medida, una cuestión de contagio colectivo, sino de un brote arcano de la naturaleza. Este caso de una señorita de Santander sin antecedentes familiares ni ambiente próximo que los justificaran. De una señorita de muy pocas letras, de muy pocos saberes aprendidos en las letras ajenas. El hecho, repito, es incitante: invita a meditar en el fenómeno de la generación espontánea en la literatura. Y no digo en el arte en general porque en las demás artes, teniendo mucho menos que ver con la cabeza, la cosa es mucho más frecuente y mucho menos turbadora.

Envío:

A Gerardo Diego, a Rafael Cansinos Assens, a Gómez de Baquero, a Arturo Fariñelli, a Irene Benn, a Gregorio Marañón, a Jean de La Varande, a Azorín, a Elisabeth Mulder, a Melchor Fernández Almagro, a Selma Lagerlöf, a Archer M. Huntington... A éstos y a otros muchos escritores españoles y extranjeros que se fijaron en la escritora Concha Espina en vida. Que no

Evocación de Celia Viñas

por María de Gracia Ibach

"No sé cuándo me moriré, pero tendré una de esas tumbas sencillas con mi nombre solo."

(C. V.)

NOSOTROS si lo sabemos. Fue el 21 de junio de 1954. Cumplido, pues, su primer aniversario, nos parece un deber de amistad—una devoción—recordarla ahora. Sin embargo, no aludiremos a sus muchos méritos intelectuales. A raíz de su muerte, las revistas literarias la elogiaron como profesora, como conferenciante, como poeta, en castellano y catalán. Las gentes de letras conocen el amplio valor de Celia Viñas, pese a que su nutrida obra permanezca casi toda inédita. Al margen también de sus virtudes pedagó-



Celia Viñas

gicas (en el sentido técnico), queremos recordarla en otro aspecto, el más valioso quizá de su preciosa vida, hablando de la dulce cuna, de la excepcional mujer que fue Celia Viñas. Así es como debemos calificarla después de conocerla a través de nuestro epistolario y de un breve contacto personal.

Tenían—tenían—sus hermosas cartas, una especial caligrafía, de rasgos un poco árabes, con unas diminutas rúbricas al comienzo y final de párrafo como para llenar con su trazo personalísimo el frío espacio entre uno y otro decir. En estas cartas iba retratándose Celia: y, entre unas y otras, conocimos su viva, inquietante imagen, su generosidad para darse entera a las gentes que la comprendían, recogiendo súbita sus pal-

pitaciones y vibrar con ellas espontánea, hondamente.

Recordar su charla, amena y sencilla, el grave acento de su voz, su mirada cordial es penoso, porque ya no son. Releer sus cartas, es llenarse otra vez de su cálida amistad, de su encantadora presencia. Porque cuando las escribió estaba lejos también y se nos iba acercando con sus palabras, sus confidencias, sus deseos, expresados castizamente, con un sátero andaluz o, en ocasiones, con un lirismo de la mejor talla clásica. Aun siendo sus poemas, en su mayor parte, intimistas, nada comparable a la sinceridad de sus cartas que parecen siempre recientes, conteniendo aún el calor de sus manos y el eco de la "campana alegre" que era su pecho.

"Ya que soy modesta y humilde en mi menester poético, déjame que sea vanidosa de mi profesión y de mis chicos. No sé si podré sentirme más orgullosa de un hijo mío, que de muchos de estos pequeños andaluces", decía. La nueva Gabriela Mistral, enamorada de los niños como la poeta chilena, tampoco pudo alcanzar la suprema aspiración de la mujer: tener un hijo. Y su caudalosa maternidad derramada en ríos de sangre que la llevaron a la muerte—, se repartía entre los hijos de las otras madres. Ahí están, como testimonios bellísimos, sus canciones, sus deliciosas nanas, sus notables estudios pedagógicos, fruto de su privilegiada inteligencia y su singular ternura. Devota de su profesión, interpretaba su menester poéticamente, magnificando el sagrado oficio de instruir, no moldeando sólo la sensibilidad intelectual del niño, sino preocupándose de su educación sentimental. Es decir, que enseñaba como una madre puede enseñar a sus hijos, congraciándose con ellos, jugando con ellos, sintiéndose niña también, sin más empaque que el íntimo de la sapiencia y la comprensión, sin otro deseo que el de infundirles confianza, gusto por el saber, alegría del vivir. Poeta de la pedagogía, la ejercía con religiosidad, pero no una religiosidad mística que es, al fin, pasiva, sino dotada de una ejemplar actividad, abocada a lo vital, a lo humano de la adolescencia, tan difícil de conducir. Su "manera desenfadada y poética de decir en clase", era el resultado de su amorosa entrega, de su absoluta dedicación a los niños.

"Llevo una vida intensa, arrastrada por tantas vidas..." Las vidas de esos muchachos que ella moldeaba a medida que se iban haciendo hombres, y por los que hablaba y hablaba hasta hacerse la voz "ronca, quebrada. No la tenía así—dice—. Pero soy una maestra y tuve que sacrificar el encanto de mi voz de niña".

Sacrificó el acento delgado de su voz, pero no su infantilidad, conservada siempre, así como el buen humor. Dice en otro momento: "Tengo una prisa horrible. Aún he de escribir la carta a los Reyes Magos"... Ingenuidad, sencillez, humanidad altísima, eran las virtudes esenciales de Celia Viñas. Por ellas y por tantas otras más—¡se podría decir de estos y otros aspectos suyos tantísimo!—, por el amor al hijo no logrado, por el amor al esposo—amor y siempre amor en su vida—. Celia Viñas fue un ser arcángelico por el que nunca jamás lloraremos bastante.

esperaron a que su cuerpo se tornara polvo para, pasados muchos años—cuando cualquiera cosa es buena para la frigididad historiográfica—, caer sobre su obra, en oficio de desenterradores, con el pico y la pala de la investigación erudita. A los que, valientes alpinistas de las letras vivas, respiraron el gran aire de «La esfinge maragata», «El metal de los muertos», «El Jayón», y no se quedaron, contentos de poder negar, en las obras últimas y menores de Concha Espina.

Y a Eladio Egocheaga, el antiguo líder de los mineiros de Rotinto immortalizado en «El metal de los muertos» con el nombre de Aurelio Ochoa y que, hoy emigrado en Méjico, envió a Víctor de la Serna un conmovedor telegrama de pésame firmando Aurelio Ochoa. A este viejo militante de la lucha social que ha dado tan hermosa lección de antisectarismo a los camarillistas de la política y de la literatura, tan aprensivos e inseguros de sus propias defensas que andan siempre temerosos de contagios.

Consuelo BERGES

La Poesía de Concha Espina

(Viene de la pág. 1.ª)

de ser gran poeta sin inventarse una lengua propia y sin autorizar, gracias a un instinto poco menos que infalible, ascensiones o modificaciones del vocabulario y de los giros plebeyos, cultos o exóticos. El estudio de la lengua, del estilo, que es la misma lengua organizada y viva, de la autora de «Ruecas de marfil» y de «El cáliz rojo», otros dos libros de cálida belleza expresiva,

está todavía sin hacer, e implicaría, junto al acopio alfabético de su léxico y de sus exactitudes o caprichos de gran poeta, el estudio de su sintaxis, de sus costumbres y preferencias dentro de los tiempos verbales; el de su cláusula, peraltada y aristócrata, pero de modo distinto al de la retórica narrativa, oratoria o versificada del siglo XIX, y, en suma, todos los aspectos de su estilo, con su entonación implícita. También rastrear su posible y muy difícil genealogía entre maestros clásicos y modernos, y pormenorizar las etapas, tan rápidas, de su formación hasta llegar a la plenitud. Concha Espina escribe su último libro, esencialmente, como las grandes novelas suyas que hemos citado arriba. Desde 1914 hasta 1955 permanece fiel a sí misma en el estilo como en los otros aspectos de su arte.

Otros aspectos hay que hoy se suelen valorar por encima de los estilísticos y aun poéticos. No entremos en discutir inútil o al menos inoportunamente. Esos otros valores que se consideran específicamente novelescos, y que se han regateado con criterio mezquino y escasa vista a grandes prosistas de nuestro tiempo, autores de novelas muy auténticas, los posee también nuestra escritora. Que con frecuencia se mueva en un ambiente exaltado y febril, que no siempre conviene a la modestia o superficialidad de héroes y situaciones, no estorba que en sus mejores libros, cuando ahonda en temas y almas, el estilo y la luz de su prosa sirvan maravillosamente al realce o a la penetración de la naturaleza mineral, georgica o humana que, gracias precisamente a su maternal calentura de poeta, nos revela en toda su magnitud.

Y cuando el asunto lo exige—tal en las escenas sociales de «El metal de los muertos» o en los diálogos secos y precisos de «Las niñas desaparecidas»—sabe ser tan realista y rápida como el mejor maestro de esas tendencias. En cuanto a su poder de observación y creación literaria de caracteres, es evidente que se manifiesta mejor en sus personajes femeninos, como es ley general que suceda en las novelistas. La construcción de sus grandes novelas y el primor de sus novelas cortas y de sus breves cuentos y estampas se logra varias veces con absoluto dominio. Un ejemplo puede ser «La rosa de los vientos», que si carece del aliento grandioso de «El metal de los muertos», es novela admirablemente llevada y rica en caracteres y en sugestión poética. Otra muestra de su talento novelesco es su última gran novela, escrita a los ochenta años y cuando ya sufría no pocos de ceguera. «Un valle en el mar» es a un tiempo el poema marino y meteorológico de la bahía natal y una prodigiosa novela de extraordinario vigor y matización psicológica. Su protagonista, nieta de «Sotileza», es criatura aparte. No hay en ella oscuros complejos, sino tierno y doloroso heroísmo y fidelidad a lo íntimo de su ser. Esa sola creación justificaría la inclusión de Concha Espina entre los grandes novelistas.

Gerardo DIEGO



¿Qué es lo público en U. S. A.?

(Viene de la pág. 2.)

do y lejano, o montado a caballo, o pasando fugazmente en su carroza, estaba fuera de la vida privada; el verdadero rey es siempre un rey de baraja, no lo olvidemos, una figura convencional, ideal, que no se reduce a nuestra medida.

En manos de la televisión, las figuras políticas de los Estados Unidos adquieren enorme notoriedad, pero ingresan en la mente de los ciudadanos bajo la especie de lo privado y concreto. ¿Es esto una ventaja o una desventaja? El tiempo lo dirá; lo que puede asegurarse es que se trata de una innovación. Porque la política había sido siempre abstracta: nombres, etiquetas, títulos de partidos, motes y divisas; de ahí su prestigio, su magia, su fuerza de incitación; de ahí también su crueldad—nada hay más cruel que lo abstracto—, su implacabilidad, su inhumanidad. El entusiasmo y el odio se han movilizadísimo siempre en política convencionalmente; cuando, por debajo de los rótulos, de las consignas, de las directivas, aparecía el hombre, había siempre un movimiento de estupor: el jefe incontenible y victorioso, de palabra de fuego y gesto dominador, gusta de decir chistes, es aprensivo, se pone gafas para leer; el enemigo, el monstruo, el tirano o el demagoguista, resulta que tiene dos niñas pequeñas y las lleva al circo algunos domingos, cuando no tiene que arengar a las masas; tiene un régimen de alimentación severísimo, porque su tensión—y no sólo la política—es muy alta; y le gusta extraordinariamente jugar al ajedrez. Todo eso es lo que revela la televisión, lo que descubre indiscretamente. Con ello, muy probablemente la política va a tomar un cariz distinto. ¿No se ha insistido ya de un modo inusitado—y muy especialmente en los Estados Unidos, y a través de sus agencias y revistas en el resto del mundo—en que Mendès-France bebe vasos de leche, su mujer es guapa y pinta cuadros?

Es muy posible que la política sea en el futuro menos dura, menos atroz, menos despiadada: ante la calva del enemigo político, nuestro corazón se ablanda; nos es difícil identificar con Lucifer a ese señor un poco sudoroso, que bebe agua con avidez y se seca con el pañuelo una gota que vemos resbalar por su barbilla. La primera consecuencia efectiva que la televisión ha tenido en el campo de la política ha sido, creo yo, el declive de la influencia del senador McCarthy. En otras circunstancias, su auge o su descenso se hubieran debido a cosas generales y abstractas, principios, consignas, maniobras políticas; lo que más ha influido en la reacción media americana es que estaba tan antipático en los interrogatorios! ¡Tenía una manera de mover las cejas, de inclinarse hacia sus colaboradores, de interpelar a sus adversarios! Muchas personas se han sentido fisiológicamente repelidas por su gesto concreto, humano. Sí, es muy posible que la política vaya dejando de ser una cosa tremenda, atroz, inhumana. Sólo falta saber si la política, para ser política, para cumplir realmente su función, puede ser otra cosa.

JULIAN MARIAS